

# El concepto de la felicidad

**Alejandro  
Aguilar  
Machado**

Acabamos de leer un artículo referente a la tesis que, sobre la felicidad, han formulado los jerarcas de la China comunista. Para ellos, la felicidad sólo es un producto de las condiciones sociales; está, pues, enmarcada en el ámbito de la infraestructura social y aflora como un resultado de la lucha de clases y del triunfo final de la cuarta clase, o sea, el proletariado.

Pobre, pobrísima es la tesis anterior. Reñida, como está, con la verdadera naturaleza humana, no alcanzaría a explicar la más limitada de las tormentas humanas ni el más leve impulso de espontaneidad creadora del ser que, en las aventuras del vivir, debe realizar un destino singular, un destino suyo, exclusivamente suyo y, por ello mismo, inconfundible.

Cualquier sistema de regimentación, en tratándose del ente humano, es arbitrario y atentatorio contra el único patrimonio intransferible de ese ente: la realidad de su propio espíritu.

La higiénica y cómoda cuadra de los caballos ingresa de carrera, la caja bien elaborada, donde las infatigables abejas preparan la nutritiva miel

que inmortalizó el recuerdo del Himeto, todo ello, es a propósito para el juego o desenvolvimiento de las sociedades estáticas, o por mejor decir, para procesos de organización meramente materiales, como los señalados; pero, nunca para las aptitudes de crecimiento y desarrollo, de formación de valores y de impulsos finalistas, cual acontece con la sociedad humana, integrada como está, por unidades libres.

El más grave error que puede cometerse en la Ciencia Social, es confundir los fines, con los medios. La organización del Estado, el complejo de recursos técnicos y económicos y la misma orientación de las instituciones de carácter exclusivamente social, todo ello se enlaza, para crear el sistema de medios destinados a facilitar a cada ser humano, el mejor y mayor cumplimiento de su trayecto vital.

La constelación en que actúan los fines y los medios y la acción recíproca de la superestructura de cada sociedad, no pueden jamás convertir a la felicidad en un epifenómeno, derivado de aquel proceso. La felicidad, como lenguaje del alma, como una de las más claras expresiones de la realidad espiritual del hombre, es un hecho auténticamente personal, individual. Está dentro de nosotros mismos, si está; pero no a-

fuera. Claro es, que todos los factores sociales pueden contribuir a nuestra felicidad, como pueden también malograrla. Pero esta certeza, no nos debe llevar a confundir las oportunidades sociales, que propician estímulo para la felicidad, con la misma génesis de esta felicidad.

El tono de felicidad con que un sino propicio nos ha favorecido, adviene en el momento en que nos desprendemos del vientre materno, y adviene, mezclado con un lamento, con un grito, entre lágrimas que indican cómo el placer y el dolor, la dicha y la pena, se confundirán entre sí, en la trama original y no poco misteriosa, que caracteriza el perfil psicológico de cada cual.

Los caracteres sicosomáticos, el equilibrio mental, la integración correcta de los diferentes estratos de nuestro complejo sistema nervioso, todo esto, en conjunción, desde luego, con otros factores de carácter social, interviene en el problema íntimo de nuestra felicidad. Pero, a ello, debe agregarse un impulso trascendente que convierte la dicha y el dolor en una de las mejores pruebas de que la justicia posee valor esencial como ley que trasciende el limitado tiempo y espacio, dentro del cual se escribe el poema trágico o sereno de nuestra marcha en el presente plano de evolución.